

DE LA POLARIZACIÓN A LA HEGEMONÍA

La relación entre la prensa y el Estado boliviano ha sido, en los últimos cuatro años, de polarización y graves conflictos. Para el gobierno de Evo Morales y quienes simpatizan con él, esto se debió a la resistencia de los propietarios de los medios a los cambios socioeconómicos que se están produciendo en el país. Sin embargo, la confrontación reflejó las peculiaridades de la política boliviana: una polarización clasista, sí, pero también étnica, regional e ideológica. Este artículo describe la contribución del gobierno, de las asociaciones de prensa y de los propios periodistas a mantener la polarización, que generó el peor ambiente para el ejercicio de la profesión desde la conquista de la democracia en 1982. También registra los últimos sucesos que alteraron el curso de esta relación y acabaron con la polarización social y mediática. Hoy en Bolivia se observa una creciente hegemonía gubernamental, que se manifiesta en la definición y el debate de la agenda pública, y la normalización del trabajo periodístico, aunque probablemente con un incremento de la autocensura.

Fernando Molina

fermolina2003 yahoo.com.ar

Periodista y escritor. Autor de *El pensamiento boliviano sobre los recursos naturales* (2009), *Conversión sin fe - El MAS y la democracia* (2007), *Bajo el signo del cambio* (2006), *Evo Morales y el retorno de la izquierda nacionalista* (2006) y de varios otros libros. También ha publicado numerosos artículos en libros, revistas, periódicos y sitios web de La Paz, Santiago de Chile, México y Madrid. Algunos de ellos han sido traducidos al francés y al inglés. Ganó importantes premios periodísticos y literarios bolivianos. Actualmente es asesor editorial del diario *Página 7*.

“La prensa es la principal enemiga del gobierno”. La frase que el presidente Evo Morales lanzó en radio Fides poco después de asumir su cargo, el 18 de enero de 2006, hizo patente que un cambio importante se había dado en la relación entre el poder político y la prensa. Dos años antes, una alusión más bien confusa del presidente Gonzalo Sánchez de Lozada a la posibilidad de que apareciera una “superintendencia de medios”, había obligado al gobierno a retractarse de inmediato para evitar la indignación de los periodistas. Y un año antes, otro antecesor de Morales, Carlos Mesa, tuvo que retirar, por la misma razón, un decreto que declaraba “clasificada” la información de ciertos tipos, como la militar, la bancaria en tiempos de crisis financiera, la judicial cuando pudiera alterar el resultado justo de un proceso, etc. Estos gobernantes, con una popularidad frágil o, en cambio, muy poco apoyo de los aparatos del poder, no podían darse el lujo de malquistarse con los periodistas. Mucho menos de declararlos sus “enemigos”. Morales, que ganó su primer período presidencial con el 53 por ciento de los votos, pertenece a una estirpe política muy diferente.

En general, desde que el país recuperara la democracia en 1982, los mandatarios y sus ministros procuraban alabar y cortejar a la prensa en público, aunque no dejaran de presionarla y de criticarla –incluso acremente– en privado, como recuerda el veterano periodista y actual Secretario Ejecutivo de la Asociación Nacional de la Prensa (ANP), Javier Zevallos. “La relación entre periodistas y políticos siempre ha sido difícil, pero nunca como ahora”, dice. Hay en esta materia, entonces, un “antes y después de Evo”.

¿Por qué Morales se estrelló desde el principio contra los medios? El periodista Hugo Moldis, que en 2005 formó parte de la comisión del MAS¹ durante la transición de gobiernos, cree que las élites del país, asustadas por los cambios impulsados y simbolizados por el nuevo Presidente, apelaron a los periódicos y las televisoras de su propiedad para desestabilizar al gobierno, lo que explica, como respuesta, la exclamación presidencial al principio de este artículo.

Digamos que ésta ha sido hasta ahora la “explicación oficial” del gobierno respecto a sus problemas con la prensa. En varias ocasiones, Evo y sus voceros (Alex Contreras, primero, e Iván Canelas, después) han tratado de diferenciar a los reporteros de los dueños de los medios, quienes estarían comprometidos en una conspiración en su contra. Para el oficialismo, éstos forman parte de las élites que “pierden” con un Estado capaz de controlar y redistribuir la riqueza nacional, como el que se está construyendo en Bolivia. Aquellos, en cambio, son los beneficiarios por este cambio y, por eso, debieran simpatizar con él.

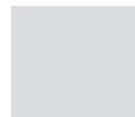
¹ Movimiento al Socialismo - Instrumento Político por la Soberanía de los Pueblos es el partido de Evo Morales y, por tanto, constituye el oficialismo desde 2005.

Con el tiempo, sin embargo, el gobierno no pudo mantener esta distinción, ya que la misma exigía de los periodistas “de base” una adhesión que muchos de ellos estuvieron lejos de hacer. En los últimos cuatro años, la polarización de la sociedad entre partidarios y adversarios del “evismo” no se tradujo, dentro de la prensa, en una lucha entre “periodistas proletarios” y “burgueses de la comunicación”, como se imaginó el discurso oficial. Periodistas de todas las “clases” se alinearon en el bando “progubernamental” (por ejemplo, la ex dueña de un canal de televisión y controvertida periodista, Amalia Pando, o, ya retirada de la profesión, Ana María de Campero ex directora de Presencia, el principal periódico boliviano de los años 70 y 80, quien se convirtió en senadora del MAS); así como en la facción “opositora”, en cuya vanguardia se hallaban los medios de Santa Cruz, la región más reacia al modelo izquierdista del MAS, militaron hasta los periodistas más modestos.

Esta *confusión*, por llamarla así, llevó a Morales a declarar, en agosto de 2008, que “los periodistas son sucios”, sin salvedades, y, en diciembre del mismo año, que “sólo el 10 por ciento de los periodistas tiene dignidad”, pues el resto obedecería las órdenes de políticos y patronos opositores. Y ya pasado el peor momento de la relación, el Presidente, en la última campaña electoral (diciembre de 2009), se mostró extrañado de que los periodistas de base no lo hubieran proclamado para la reelección, como sí hicieron los demás “sectores sociales”; expresó entonces su “molestia” por esta conducta que, por lo visto, Evo considera antinatural (se podría decir que “desclasada”). Por eso también es que en enero de 2010 pidió que los periodistas se sumaran “a la tarea de luchar contra el capitalismo”.

Durante el periodo de peor enfrentamiento, entre 2006 y 2008, las afirmaciones del Presidente indujeron a los movimientos sociales, esto es, de los sindicatos y grupos de presión que lo siguen, a sentir una fuerte susceptibilidad respecto al trabajo de la prensa; crearon un clima de opinión que se tradujo en una ola de acciones intimidatorias, ataques físicos, vejaciones e incluso un asesinato² perpetrados contra periodistas por gente movilizada y por algunos activistas violentos que, casi siempre sin autorización superior, aprovecharon las circunstancias para desquitarse de las ofensas reales o supuestas de los medios. El Observatorio Nacional de Medios y la Asociación Boliviana de Carreras de Comunicación contaron 245 ataques contra periodistas entre octubre de 2007 y noviembre de 2008. La mayoría de las víctimas de estas agresiones no fueron, por supuesto, dueños de medios, sino que salieron de entre los encargados de la cobertura callejera, es decir, de quienes, por ocupar el primer escalón de la pirámide profesional, debían teóricamente ser amigos del régimen.

² El periodista Carlos Quispe Quispe murió como resultado de las heridas que le causó una muchedumbre que atacó la radio en la que trabajaba (Radio Municipal), en la localidad rural de Pucarani.



Esta situación, a su vez, como es lógico, incrementó la siempre inflamable susceptibilidad de los periodistas y sus organizaciones respecto del poder. En los cuatro años de la gestión de Evo las entidades gremiales nacionales e internacionales elevaron más quejas a las autoridades que durante ningún otro lapso de la historia democrática del país. En algunos casos, estas quejas no se limitaron a mencionar los hechos ya reseñados, sino que llegaron a conclusiones más subjetivas, como que en Bolivia estaba en riesgo la libertad de expresión, acusaciones que fueron fácilmente refutadas por el gobierno.

En suma, la polarización del periodismo no siguió un esquema prefijado por una ideología, sino que respondió a las características peculiares de la polarización boliviana (que dividió a viejas y nuevas élites políticas, a sectores pro creación privada de la riqueza versus sectores pro redistribución pública de la riqueza, y a regiones del occidente contra las del oriente y el sur); por esto, cuando la tensión social tendió a resolverse, desde 2009 hacia adelante, la contradicción periodística se debilitó junto con ella y ahora parece estar cediendo completamente, para ser sustituida por un panorama bastante diferente.

La contribución de los medios a la polarización

De acuerdo a un estudio de la encuestadora Mori, los principales anunciantes bolivianos no superan las dos centenas y gastan la esmirriada cifra de 70 millones de dólares por año en publicidad. Este “pastel” debe repartirse entre 20 diarios, 55 semanarios y revistas, 160 estaciones de televisión y 940 radios. Como puede suponerse, el resultado es que la mayoría de los medios del país se encuentra en una situación de “quiebra crónica”, es decir, sobreviviendo apenas y con muchas deudas. En Bolivia, las empresas periodísticas que logran éxito financiero pueden contarse con los dedos de la mano.

Esta situación explica la gran vulnerabilidad de las salas de redacción: los periodistas no pueden cumplir con su trabajo por falta de recursos, y necesitan extremadamente de las contribuciones de sus propietarios, que así disponen de un mecanismo para intervenir en sus decisiones. Unos y otros dependen, a su vez, de la voluntad de estos 200 grandes anunciantes. (Y junto a ellos hay que poner a los ministerios y otras reparticiones del gobierno, así como a algunos gobiernos regionales y locales controlados por la oposición...)

Son condiciones propicias para que los periódicos y noticiarios pierdan la función cognoscitiva (conocimiento de la realidad) que idealmente debieran tener y comiencen a cumplir una función distinta, convirtiendo las noticias en instrumentos para lograr objetivos de pedagogía y acción política.

“Te tienes que alienar en determinado bando por los avisos, porque nadie vive de las ventas”, resume Ricardo Bajo, subdirector de la edición boliviana de *Le Monde Diplomatique*.

Y esto es justamente lo que ocurrió con la llegada de Evo al poder. “(A partir del) derrumbe del consenso neoliberal, los medios han empezado a tomar partido y han defendido intereses políticos más directamente que nunca”, dice Raúl Peñaranda, un seguidor de los procesos político-comunicacionales del país. En una investigación reciente, Peñaranda analizó el tratamiento dado por la prensa al intenso conflicto social que sacudió a la nación en los últimos tres años, como resultado de la polarización política existente.³ Descubrió que, además de retratar esta polarización, los medios contribuyeron a ella en dos campos: la línea editorial, que se orientó a la defensa o la crítica del “evismo” por lo que éste implicaba para el futuro de las élites y las contra-élites, de unas regiones y otras, y para el tipo de desarrollo del país. Y, también, esto es lo más interesante, en las prácticas informativas, pues los medios concentraron toda su atención en las manifestaciones más negativas de la lucha entre las partes, sin capacidad ni ganas para situar los problemas en su contexto y, por tanto, darles una justa dimensión.

“En los medios televisivos es prácticamente nula la relación o descripción de la naturaleza, alcance y causas de un conflicto. Las noticias se limitan a reflejar las manifestaciones de los mismos, sus consecuencias inmediatas y la opinión de alguna de las partes confrontadas, dejándose de lado cualquier otra consideración que permita una comprensión más o menos cabal del fenómeno”, dice la investigación. “En el 86% de los casos, los medios recurren a una sola fuente de información, lo que proporciona una visión parcelada e interesada de los conflictos”.

Las causas de estas carencias son mezcladas: las simpatías políticas de los encargados de tal o cual medio, por supuesto, pero también “el tiempo reducido para presentar una nota y el escaso conocimiento y mínima especialización de los periodistas en determinados temas”, es decir, fallas que tienen un origen anterior y diferente a los cambios políticos de estos años⁴.

Al mismo tiempo, la parcialización editorial, al expresarse en el producto periodístico, adquiere la forma de precariedad técnica: “Aunque la mayoría de las

³ *Del conflicto al entendimiento*, La Paz, FDMP, 2009.

⁴ La calidad del trabajo periodístico nunca ha sido satisfactoria. Problemas como la falta de ingresos de los medios, el muy bajo nivel educativo en el que tienen que moverse (el país ni siquiera figura en el *ranking* de resultados académicos en la escuela) y la politización del oficio generan un periodismo superficial, que carece de investigación propia, que se limita a registrar declaraciones, confunde opinión con información, depende de los gobiernos y las empresas privadas para las más básicas operaciones logísticas, y es fácilmente manipulable por los gabinetes de prensa externos.

notas informativas analizadas (en la investigación que estamos resumiendo, que se efectuó en julio de 2008) pretendía mostrar neutralidad en la presentación de los conflictos, fue notoria la parcialización hacia una de las posiciones. Los elementos que nos permiten concluir este extremo son el uso de una sola fuente, el tiempo dedicado a una determinada información y el uso de afirmaciones subjetivas que inducen al receptor a la toma de posiciones parcializadas”, dice Peñaranda. Este analista también observó el uso de recursos no verbales para “favorecer a uno de los actores en detrimento del otro, como la selección de imágenes, el corte de una declaración, la selección de entrevistados, etc.”

Con estos métodos y otros, concluye, los medios privados se parcializaron contra el gobierno, y los estatales a favor de éste. Una conclusión parecida pueden encontrarse en los informes del Observatorio de Medios que depende de la Fundación Unir, de tendencia progubernamental.

Zevallos, quien en este caso expresa la posición de los dueños de periódicos, rechaza esta clase de análisis. Según él, tanto el oficialismo como algunos expertos “tratan de mostrar a la prensa independiente como opositora, sin que esto sea así”. Zevallos reconoce deficiencias materiales en la prensa, que en ocasiones la llevan a cometer errores, pero no acepta que la parcialización ideológica sea generalizable más allá de un reducido grupo de medios; en su opinión se trata de un fenómeno acotado, porque “todos pueden comprar y poner medios de comunicación, los políticos también, pero (en la mayoría de los casos) igualmente deben hacer periodismo para sobrevivir”. Esa es la diferencia con los medios estatales, y por esta razón, dice Zevallos, “cualquier medio privado es más periodístico y pluralista que los arbitrariamente manejados por el Estado, donde no se da cabida a la oposición”.

Como podemos ver, no solamente se observa una polarización de los medios, también está polarizada la evaluación del papel que éstos desempeñaron. Es lógico: como un remolino, la confrontación política y social se traga todo lo que toca.

La contribución de Evo a la polarización mediática

Si los medios contribuyeron a la polarización del país, la naturaleza y el estilo de Evo ayudaron a polarizar a los medios.

¿Cuál es la “naturaleza y el estilo” del Presidente en este campo? A diferencia de sus antecesores inmediatos, Evo ha construido y renueva su legitimidad *fuera de los espacios periodísticos tradicionales* (lo que por supuesto no quiere decir que prescindiera de los medios, porque esto ya resulta imposible en el mundo actual). Aunque gusta de aparecer en los titulares, las pantallas y las ondas de radio, no necesita que lo bendigan los famosos ni los jefes de la comunicación boliviana. Antes de ser Presidente, a lo largo de su accidentada carrera sindical y política, apareció mucho

en los medios pero siempre recibió *palo* editorial. Tal cosa no afectó su creciente popularidad. Tampoco lo han logrado, en este último tiempo, los serios ataques que le propinaron algunos de los principales medios del país. Después de semejante batalla, el Presidente fue reelecto en el 2009 con un mayor respaldo que cuatro años antes; pasó del 53 al 64% de los votos.

¿Por qué Morales puede darse el lujo de, por ejemplo, nunca haberse reunido con los directores de los medios? He aquí su secreto: este político no requiere la aprobación de las élites que fabrican la opinión, puesto que su voluntad es desplazarlas, igual que quiere anular a todas las élites tradicionales del país: la políticas, las económicas...

“El particular estilo del Presidente ha echado más leña al fuego de esta confrontación, porque éste no necesita estar bien con determinados medios”, dice Bajo.

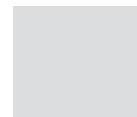
Tanto el primer vocero de Morales, Alex Contreras, como su superior, el primer ministro de la Presidencia, Juan Ramón Quintana, han contado que al comienzo de su gestión recibieron la visita de los dueños de periódicos, televisoras y radios, así como de algunos importantes periodistas, todos los cuales se ofrecieron a “ayudar” al gobierno a cambio de prebendas. Según ellos, fue a partir de su negativa a realizar este tráfico que comenzó la campaña antioficialista de los medios privados.⁵ Sea esto verdad o no, de todas formas la historia es expresiva de la falta de relaciones entre el gobierno boliviano y los otrora todopoderosos jefes de la prensa.

La antipatía por las élites es un sentimiento que Evo comparte con muchos otros políticos rebeldes del mundo, por supuesto. Lo interesante es que en este caso no se trata del programa de un grupúsculo universitario, sino de *lo que la gente quiere* en Bolivia, a causa de la deprimente evolución de la historia nacional. Y esta sintonía ideológica con la mayoría de la población es uno de los componentes fundamentales de la popularidad de Evo.

El otro componente es el carismático. El atractivo del Presidente se asienta en su singularidad, pero ésta arranca de su parecido, biográfico, físico e intelectual, con cualquier boliviano pobre. Sólo gracias a este parecido aquello que Evo Morales ha logrado adquirir una dimensión grandiosa (un antiguo pastor de llamas que se convirtió en un líder de trascendencia internacional).

La identificación carismática de la base con su líder provoca que aquella rechace toda crítica en contra de éste. He ahí la explicación de este fenómeno enigmático: mientras más golpes recibe Morales, más popular se vuelve.

⁵ La Razón, 25 de enero de 2010.



Hugo Moldis resume lo dicho así: “Evo basa su legitimidad en una comunicación directa con la base social e incluso con la sociedad, por métodos no convencionales que descolocan a los propietarios de los medios. Esto los molesta porque pone en cuestión el sistema político (del que la prensa forma parte junto con los partidos y las organizaciones sociales). Evo le quita a los medios su papel en la reproducción del poder: con él tienen menos peso y por tanto menos poder”.

Al mismo tiempo que menosprecia los “canales regulares” de comunicación con el público, el Presidente boliviano, al igual que varios de sus colegas andinos, ha abierto muchas vías directas, decenas de “by passes” para lograr un contacto directo con los hogares rodeando a los medios. Morales no tiene un programa presidencial como el “Aló Presidente” del venezolano Hugo Chávez, pero en cambio pronuncia al menos un discurso diario (de un promedio de una hora) en los más diversos y alejados puntos del país, por lo común en pequeños pueblitos rurales. Este discurso es retransmitido por la televisión y la radio estatales. De esta manera Evo logra, lo mismo que Chávez en “Aló Presidente”, dirigirse a la gente sin tener que responder a preguntas incómodas como las que seguramente harían periodistas bien informados, si tuvieran la oportunidad de formularlas. Es cierto que en estas largas transmisiones se escuchan otras voces además de las presidenciales, pero son voces sin motivaciones ni recursos para ejercer una crítica seria. Las nuevas formas “directas” de comunicación gubernamental debilitan el monopolio mediático pero no necesariamente son más democráticas, porque al mismo tiempo que amplían el alcance, reducen la calidad heurística de lo informado. En otras palabras, conceden al gobierno el control de lo que puede decirse y finalmente se dice⁶.

Para que este “rodeo” de los medios tradicionales del país surta efecto, se requiere de un potente aparato de “amplificación” del mensaje unidireccional del oficialismo. De ahí que el gobierno haya invertido una cantidad de recursos que hubiera sido improbable en el pasado en el fortalecimiento y la ampliación de la red de medios estatales: *Televisión Boliviana* fue relanzada, *Radio Illimani* convertida en una emisora llamada *Patria Nueva*, que multiplica su alcance mediante convenios de suministro de programación con decenas de “radios comunitarias” (es decir, locales). También se creó el diario *Cambio*, el primero de propiedad pública que el país tiene desde mediados del siglo XX.

La ruptura con los medios “de antes” y la comunicación directa con el pueblo son diferentes en Bolivia que en Venezuela. Y no sólo porque en la primera no existe un “Aló Presidente”, como ya hemos señalado. Además, ni aún en el peor momento

⁶ Seminario latinoamericano “Latinoamérica: gobernantes y periodistas en tiempos de cambio”, Quito, 28 y 29 de abril de 2009, Fundación Konrad Adenauer.

de la polarización el gobierno boliviano pudo dejar de interactuar con los medios privados (no por falta de deseos, sino porque esto no es posible en la práctica: pese a todo, los medios tradicionales siguen teniendo cierta influencia sobre el público y el propio gobierno), pero sobre todo no intentó cerrar ninguno, sino que se limitó a arremeter verbalmente contra los más belicosos.

En la práctica es imposible prescindir completamente del periodismo profesional, incluso para líderes tan *sui generis* como Morales. Lo prueba el hecho de que, pese a todo, éste haya comparecido a las conferencias de prensa (excepto por un breve intervalo). Pero esto no se dio sin lucha. Primero el gobierno tuvo que evitar que estas conferencias fueran excesivamente disfuncionales para sus propósitos políticos. Y lo logró con un proceso largo y conflictivo en el que Morales se comprometió personalmente.

Al comienzo de la gestión de éste, las ruedas de prensa de los presidentes del país habían degenerado hasta convertirse en la “granja de pollos” de la que se quejó Evo a la Sociedad Interamericana de Prensa. Los reporteros preguntaban todos al mismo tiempo y sin escucharse unos a otros ni a su entrevistado, pues las emisoras exigían que las preguntas que salieran al aire fueran únicamente las planteadas por sus propios periodistas; exigencia que fue la “versión local” de la clásica demanda de primicias del periodismo universal. Otro factor que descompuso las conferencias de prensa fue la actitud instrumental-polarizada de los medios, que impelió a los periodistas acreditados en Palacio Quemado a comentar/respaldar/denegar antes que a inquirir.

El gobierno trabajó por “disciplinar” a la prensa (la expresión pertenece al presidente Morales), lo que se tradujo en un sinnúmero de conflictos. Evo tuvo altercados con reporteros de medios nacionales e incluso internacionales, porque encontró que sus preguntas eran inadecuadas, lo ofendían, etc. También aprovechó las ruedas de prensa para “reprender” a los periodistas de los medios que el Presidente considera opositores, como la televisora *Unitel* y el diario *La Prensa*. El caso de este último fue particularmente doloroso: Morales perdió los estribos con un reportero de base, a causa de un titular –que este periodista no había elaborado– en el que se acusaba al Presidente de haber autorizado la llegada al país de mercaderías de contrabando.

Luego de estos altercados, los periodistas organizaron demostraciones de protesta y prepararon documentos en los que expresaban su desacuerdo con la conducta del Mandatario. Por su parte, el gobierno espació sus encuentros con la prensa nacional y, a fines de 2008, los suspendió del todo (aunque manteniendo las reuniones con la prensa internacional). Esto creó un vacío de información que sin duda ejerció presión sobre los medios y los preparó para aceptar la solución a la que finalmente se llegaría casi medio año después.

La contribución de la estrategia gubernamental a la polarización

Describamos ahora los esfuerzos del gobierno para frenar “el poder sin control, no democrático e impune de los grandes medios de comunicación que intentan imponer su visión de la realidad y sus valores”, como reza la declaración del quinto encuentro de intelectuales y artistas (de varios países) que se realizó en la ciudad boliviana de Cochabamba, en mayo de 2007, para respaldar a Morales dentro de la lucha general por “identificar quiénes son los aliados de los pueblos en los medios, y quiénes sus enemigos”, y en contra de “los mercenarios intelectuales que alquilan su pensamiento a las grandes transnacionales”.

La estrategia general del oficialismo consistió en el equivalente a la suspensión de las ruedas de prensa presidenciales: la información pública se usó como un arma para forzar a la actividad periodística a “disciplinarse”, a fin de resolver la polarización mediática y política del país. Así que sólo quedó disponible para quienes se consideraba, con razón o sin ella, “aliados”. Éstos eran: los medios estatales y los privados pro-oficialistas (y también, aunque por otros motivos y en menor medida, los corresponsales internacionales. Lo veremos más adelante). Lo mismo ocurrió con la abundante propaganda gubernamental, que se distribuyó con un clarísimo sesgo. De este modo, el polo “evista” de la polarización, que en 2005 era con diferencia el más débil, terminó siendo, en 2010, el predominante.

El ocultamiento de la información pública a quienes se consideraba que no iban a ser justos con ella y su entrega exclusiva a destinatarios que no cuestionaban su fondo surgió de la susceptibilidad del gobierno respecto a la parcialización mediática. Pero al mismo tiempo alimentó la polarización que le servía de justificativo: primero, creó resentimiento en los medios; segundo, al hacer imposible que muchos de ellos accedieran a las versiones oficiales, los empujó a prescindir de la contraparte gubernamental.

Hasta ahora, la información pública “sectaria”, la falta de acceso a las fuentes y los ataques a los periodistas han sido los peores menoscabos a la libertad del periodo *evista*. Los golpes del oficialismo contra la prensa (verbales y psicológicos, en su mayor parte) no impidieron que se oyeran voces críticas e incluso extremistas en contra de aquel, lo que implícitamente descarta la existencia de formas “duras” de censura. Respetados periodistas como Pedro Rivero Jordán y Juan Carlos Rocha han calificado la libertad de prensa del país con 7 y 8 sobre 10.

Los déficit mencionados son propios de un escenario de enfrentamiento político y mediático, en el que, como dice Juan Cristóbal Soruco, director de la carrera de Comunicación de la UCB, “la primera víctima es la verdad”, pues lo que interesa es persuadir y movilizar multitudes, incluso al costo de la desinformación.

Excepciones en la estrategia gubernamental

Hemos visto que los gobiernos populares son inusualmente independientes del periodismo profesional, porque pueden y quieren dirigirse directamente a la gente. Sin embargo, esta independencia no puede ser absoluta, porque en ese caso estos gobiernos simplemente hubieran sustituido a los medios y ya no necesitarían luchar contra ellos, como en cambio ocurrió durante todo este tiempo: pensemos por ejemplo en el cierre y el enjuiciamiento de medios opositores en Venezuela y Ecuador.

¿A qué se debe esta imposibilidad de prescindir completamente de los espacios periodísticos institucionales? Lo que ocurre es que la comunicación directa exige una movilización de fuerzas que no se encuentra al alcance de todos los miembros del gobierno y, si ésta debe ser permanente, ni siquiera de los principales jerarcas. Por otra parte, tampoco es conveniente para la propaganda recurrir exclusivamente a los medios progubernamentales, pues éstos tienen un defecto: sirven únicamente para “predicar a los conversos”, no interpelan a los ciudadanos apolíticos y mucho menos a quienes son contrarios a las políticas estatales. Es importante notar que, pese a no poder contar con información oficial, la prensa independiente se ha mantenido en este tiempo como la más influyente. Al mismo tiempo, los medios en general aún se ubican entre las instituciones más confiables del país⁷.

“Los medios de gobierno no son del Estado. Sólo llegan a la gente que piensa ya lo que ellos dicen; por tanto... ¿qué ganan? No forman opinión. Si fueran más imparciales serían útiles para captar adhesiones al gobierno, porque tendrían lectoría y audiencia diferente”, señala el veterano periodista Juan León.

Otro aspecto de la mencionada imposibilidad se observa en la necesidad del líder boliviano de “cortejar” la opinión pública internacional, a fin de asegurarse apoyo diplomático a sus polémicas reformas socio-económicas. Ésta es la razón por la que Evo siente una especial consideración por los corresponsales, a los que, por ejemplo, no dejó de invitar a sus ruedas de prensa, incluso en el periodo en el que las había suspendido con los periodistas nacionales. También es interesante observar que casi todas las exclusivas que concedió hasta ahora las pactó con enviados de medios extranjeros.

Esta especial sensibilidad respecto a la opinión internacional se tradujo también, en el caso boliviano, en un encuentro con la Sociedad Interamericana de Prensa (que en el bloque “bolivariano” se considera normalmente una institución conservadora y puramente empresarial). En esta reunión, realizada en mayo de 2009, Morales mostró la virulencia de algunos de los ataques mediáticos que se habían dado en su

⁷ *Encuesta Nacional de Valores y Actitudes*, Fundación por la Democracia Multipartidaria, 2009.

contra y probó así, de paso, que en el país existía libertad de expresión. Acusó a los periodistas de “indisciplina”, como hemos dicho, y, en términos generales, dejó a los representantes de la SIP sin argumentos para criticarlo. Éste fue uno de los principales eventos de la polarización mediática y lo ganó el gobierno; enseguida logró hacer un pacto, diseñado por el propio Presidente, con los periodistas acreditados en Palacio Quemado, con el que se reanudaron las ruedas de prensa, pero esta vez de una manera más ordenada.

“Al debate con la SIP ambas partes fueron a pelearse. Primero parecía un enfrentamiento a muerte, pero no fue así, más bien hubo un intercambio de cortesías. Esto muestra que se trata de ‘champaguerras’ (guerras ínfimas), que se deben a la necesidad de ambos lados de tener enemigos. El gobierno saca del armario al imperialismo, la derecha, etc. A ambas partes del interesa vivir en la polarización, porque ambas ganan posición política con ella”, dice Bajo.

El fin de la polarización

Cuando se acabó la polarización socio-política del país, a fines de 2008, también comenzó a desmoronarse la polarización mediática. Pero una caída no sólo refleja la otra; el gobierno tomó medidas que le dieron el triunfo en *ambos campos*. Las medidas mediáticas, ya lo hemos dicho, consistieron en: fuerte crítica a la prensa, potenciamiento de los canales estatales y manejo político de la información y la publicidad públicas. A esto hay que añadir, ahora, la compra de medios privados. En conjunto, estas acciones dieron un resultado exitoso para el gobierno. En este momento la polarización ha sido sustituida por una creciente hegemonía oficialista.

Un golpe maestro que contribuyó decisivamente a este logro fue la compra al grupo español Prisa de la decana de las televisoras privadas, *ATB*, y de *La Razón*, el principal periódico de La Paz, por el banquero venezolano Carlos Gil, que tiene cercanía con el gobierno de Hugo Chávez. Como resultado de esta operación, dos periodistas de izquierda, Jaime Iturri y Edwin Herrera, dirigen estos medios desde hace algunos meses. A partir de entonces su línea editorial tiende a limar los puntos de controversia con el poder, aunque no se ha convertido en abiertamente oficialista.

Por otra parte, los otros dueños de medios parecen haber comprendido que mantenerse en una posición intransigente representaría un riesgo considerable para sus empresas y para ellos mismos. Desaparecido el polo político-regional que hacía contrapeso con el polo gubernamental, los medios opositores no pueden ni quieren sustituirlo: esto es algo que quedaría muy lejos de sus objetivos y pretensiones. Luego de un periodo de fiebre cívica, los propietarios de la comunicación han comenzado a recordar que su principal interés son los negocios, no la política; y han comprendido

que el manejo imprudente de sus medios puede perjudicar la marcha del resto de sus negocios, generalmente más importantes.

Según Hugo Moldis, “la caída de la polarización implica el final de los bolsones de atrincheramiento poco racional (contra el gobierno); en lugar de eso se producirá, en la mayor parte de los casos, un alineamiento con la hegemonía (del presidente Morales). Ojalá que no implique el fin de toda mirada crítica, que siempre es un deber: hay que apoyar lo que está bien y llamar la atención sobre lo malo. El riesgo es que los fanáticos opositores se conviertan ahora en leales incondicionales”.

A lo que Javier Zevallos añade, con el tono que se ha impuesto en este tiempo: “Nosotros esperamos más comprensión... El gobierno debe usar a la prensa para corregir sus políticas. Ojalá que los medios sean contribuciones para un uso eficiente del poder”.

¿Será así o no? ¿El gobierno aprenderá a convivir con el pluralismo de los medios o acentuará su hegemonía hasta eliminar las voces disidentes? Y en este caso, ¿tendrá fuerza para lograrlo?

“Así como la sociedad se acomoda a una larga convivencia con el proceso de cambio, los medios también se van a acomodar... Esto no es bueno ni malo *per se*: si se acomodan perdiendo el poco espíritu crítico que hay, va a ser malo, si es para mejorar el periodismo, evitar las ‘champaguerras’ y la polarización, será bueno...”, opina Bajo.

¿Qué pasará finalmente: lo “bueno” o lo “malo”? Sólo sabemos que actualmente la agenda pública, que durante la polarización se establecía a consecuencia de los choques de los dos adversarios, el gobierno y la oposición, hoy está siendo definida casi exclusivamente por el primero. Es fácil saber por qué. El gobierno se apropió de la iniciativa política, por lo que la actualidad noticiosa gira casi enteramente alrededor de aquello que decide o hace. También “ha disciplinado” a los reporteros que cubren la información oficial, que lo incomodan cada vez menos. Mantiene, aunque algo más relajada, su estrategia de instrumentar la información oficial de modo que beneficie solamente a los medios “aliados”. Y, como remate, controla un aparato de amplificación que, a esta altura, resulta mucho mayor que el que poseía al inicio de su gestión y que seguramente ya es algo más fuerte que el conjunto de medios privados. La agenda pública, por tanto, se encuentra literalmente en sus manos.

Además, el gobierno está tratando de pasar de la regulación “de facto” ejercida por los movimientos sociales que frenaban a los medios “a pedradas” durante los tiempos de polarización, a una regulación legal, para lo cual planea reformar la muy permisiva Ley de Imprenta actual. Este intento de institucionalizar la presión sobre los medios es lógico, si pensamos que los movimientos sociales no pueden mantenerse movilizados por siempre. Sin embargo, esta iniciativa aún ambigua (se supone que la nueva ley limitará el uso de fuentes secretas, pero nada se sabe a ciencia cierta) no ha sido bien acogida por los periodistas, pese al excelente momento político que vive

el presidente Morales, y por eso ha quedado condicionada a un eventual consenso futuro con las organizaciones del gremio. En el retroceso que dio el gobierno en esta área se constata, una vez más, la dificultad de prescindir completamente de los periodistas y su estado de ánimo, incluso cuando la correlación de fuerzas políticas ha disminuido fuertemente el poder de éstos.

El fin de la polarización plantea una serie de riesgos y dudas sobre la autonomía política del periodismo boliviano en el futuro. Al mismo tiempo, abre una posibilidad para que se revisen ciertas prácticas que funcionaban bien en medio de la tensión social, pero que ahora resultan extemporáneas e inútiles. Hace un año bastaba alinearse con uno de los bandos para obtener audiencia y publicidad; actualmente ha perdido sentido pretender este tipo de adhesión ideológica. La *posición* de un medio resulta menos importante; con ello, es posible que el elemento diferencial tenga que ser, por fin, la calidad. Aunque, claro, al mismo tiempo, no hay calidad sin libertad, y si ésta llegara a faltar...

Epílogo: efectos de la polarización mediática sobre la democracia

Desde siempre, los mundos de la política y prensa intercambian flujos y humores, el uno dependiendo del otro. A veces lo intercambiado son detritos, como “trascendidos” destinados a usar la prensa para dañar a los rivales políticos, o, del otro lado, acusaciones sin fundamento y generalizaciones sobre la moral de la clase política. A veces, en cambio, lo que se intercambia entre estos dos ámbitos son sustancias nutritivas, necesarias para el fortalecimiento de las instituciones democráticas.

Esta vinculación, a ratos provechosa y a ratos no, es la normal y la que ocurre en todas partes. En tales circunstancias, el desafío general consiste en desarrollar procedimientos para detectar y eliminar los detritos, a fin de robustecer la asociación benéfica entre la política y los medios.

Pero en ocasiones hay problemas más profundos que los derivados del intento, por parte de la política y la prensa, de usarse mutuamente. Ocurre a veces, como pasó estos años en Bolivia, que se produce un descrédito exagerado del sistema político (al que contribuye la prensa) y al final este sistema se desploma catastróficamente, dando paso a un nuevo orden que no sólo implica un cambio de los grupos y las instituciones del poder, sino también de los hábitos y formas de trabajo. Las nuevas élites ascendentes, apoyándose en los avances técnicos de la comunicación, e impulsadas por su repugnancia ante las formas indirectas y delegadas de la política, que son las máculas del antiguo régimen que se proponen limpiar, no sólo tratan de pasar por encima del Parlamento y de los tribunales para llegar directamente a la gente y *hacer justicia*, sino también sobre los periodistas para informar y construir un sentido común “no meditático”.

Está claro que los medios y los periodistas no están preparados para este cataclismo. Cuando ocurre, se produce una reacción desordenada. Algunos no coinciden con los sujetos de la revolución y quieren oponérseles; otros simplemente resultan ofendidos y zarandeados por la lógica de los sucesos, que así los pone en contra; otros más, en fin, tratan de impulsar los cambios sociales y políticos. En los tres casos ni los medios ni los periodistas cumplen su verdadera misión, sino un papel clara y directamente político. Así, en lugar del intercambio normal entre dos campos del quehacer humano, próximos pero distintos, se produce su *fusión*.

Esta indistinción provoca graves peligros para la democracia, entendida como control y disminución del poder mediante la separación de las tareas y los deberes públicos entre distintas instituciones independientes unas de otras. Al convertirse en emisores de mensajes políticos, o al dejar su puesto en la relación entre gobernantes y gobernados, los medios se despojan de su facultad de evaluar lo que los políticos hacen y dicen, y con ello los ciudadanos pierden una referencia insustituible para interpretar la realidad. La población, entonces, comienza a relacionarse directamente con el campo político, sin la mediación especializada e institucional de los periodistas, y eso la vuelve más vulnerable ante la manipulación y la desinformación.

Además, como desaparecen los instrumentos que permitían distinguir la verdad de la mentira, aumenta la arbitrariedad y la impunidad de los actores del indiferenciado campo político-mediático, el poder se independiza de la opinión y los periódicos dejan de representar a una parte de ésta para convertirse en representantes exclusivos de sí mismos, de sus intereses y decisiones.

Estas nuevas condiciones no sólo impiden que las personas participen en la elaboración de la política pública, sino que hace imposible incluso que la puedan *juzgar*. Por tanto, se trata de una situación que perjudica y, en casos extremos, anula las dos formas de democracia moderna: la participativa y la representativa.

La fusión de los campos político y mediático, característica de las revoluciones, y la imposición absoluta del primero de estos campos sobre el segundo, propia de las dictaduras, constituyen disfunciones o alteraciones simétricas de la democracia.

La relación Medios y Estado en Bolivia

La lógica de la confrontación guía la política boliviana, se gobierna contra los medios y los ricos, se informa en los medios contra el presidente y su proyecto de país.

Los medios de comunicación han desarrollado una estrategia de lucha clasista étnica, regional e ideológica como criterio de información.

El presidente ha dominado y controlado la agenda política y ha logrado que los medios pasen del ultraje contra él a aceptar sus reglas, lo cual es signo de autocensura.

La calidad periodística y el diálogo público son los grandes damnificados de la confrontación medios – gobierno.

RECUADRO1:

La relación prensa y Estado en tiempos de polarización política

El gobierno...	Los medios...
Trata de prescindir de los medios y relacionarse directamente con la población.	Criticar que no se los use exclusivamente.
Emplea medios alternativos, como Internet y encuentros directos, y crea sus propios medios de masas estatales.	Acusa a los medios del gobierno de no cumplir con los protocolos periodísticos y legales, y hacer propaganda política.
Acusa a los medios de ser enemigos políticos.	Abandonan su objetivo cognoscitivo (comprender al mundo) y adoptan otro de carácter instrumental (cambiar al mundo). Unos a favor y otros en contra del gobierno.
Condena a los dueños de medios, llama a los periodistas a sumarse a su causa.	La mayoría de los medios se politiza en conjunto, sin grandes distinciones internas. Hay dueños a favor del gobierno y periodistas modestos a favor de la oposición. La línea de organización más importante es la regional.
Moviliza a los sindicatos y grupos de presión contra los medios. Se producen agresiones a los reporteros que cubren información en las calles.	Algunos medios dejan de cubrir manifestaciones y protestas. Los reporteros de los medios oficiales participan en manifestaciones y protestas. Las asociaciones de periodistas formulan constantes quejas al gobierno y a las instituciones internacionales del sector.
Usa la información pública y la publicidad oficial de forma sectaria: sólo la entrega a los medios "aliados".	Por falta de información, comienzan a deslizarse a la opinión pura, lo que consolida su papel político. La falta de publicidad estatal los radicaliza.
Esconde y hace opaca la información delicada. Intenta "disciplinar" a los periodistas para que no hagan preguntas incómodas.	Pierden capacidad para investigar; dejan de buscar hechos y se entregan a las opiniones. Los medios oficialistas le siguen la corriente al gobierno y muestran un inusitado interés por los temas de interés humano, las crónicas, etc.
No puede controlar la agenda pública: debe ceder una parte de ella a los medios.	Tampoco pueden definir la agenda: deben reaccionar ante los eventos que se producen en el campo político.

RECUADRO 2:
Los principales medios privados bolivianos

Principales redes de televisión

ATB: Antigua propiedad del empresario boliviano Raúl Garafulic, los primeros años del siglo fue adquirida por el grupo español PRISA, que la manejó hasta 2009, cuando la vendió al mismo grupo empresarial que también compró La Razón (ver más abajo). Su línea, que durante la polarización fue de crítica moderada, se ha movido hacia otra de apoyo moderado (es decir, sin caer en la propaganda) al proceso que dirige Morales.

UNO: Esta red pertenece al empresario cruceño Ivo Kuljis, que tiene múltiples intereses en la agroindustria, la industria y el comercio. En 2002, Kuljis candidateó a la Vicepresidencia con Manfred Reyes Villa, quien ese año quiso coquetear con la creciente crítica de los sectores populares al neoliberalismo, pero que terminó siendo la "carta dura" de la oposición a Morales. Después de las elecciones de diciembre de 2009, Reyes Villa tuvo que escapar al extranjero para ser encarcelado por acusaciones de corrupción que le hizo el gobierno. Durante la polarización, la red UNO expresó el discurso cruceño, aunque de una forma menos protagónica que UNITEL.

UNITEL: Pertenece a la familia cruceña Monasterio, una de las más ricas del país, que también se dedica a la banca y la ganadería. Los Monasterio militaron en el MNR del antiguo presidente Gonzalo Sánchez de Lozada, derrocado en octubre de 2003 por el levantamiento popular que dio origen al proceso actual. Durante la polarización se la consideró la "portaestandarte" de la oposición a Evo Morales.

Principales diarios

El Deber de Santa Cruz, La Prensa de La Paz: Estos periódicos son controlados por los Rivero, tradicional familia de prensa. El Deber es el periódico de mayor circulación del país (se supone que vende alrededor de 40 mil ejemplares diarios; en Bolivia no se realiza un control público de los tirajes). Incluso en lo más agudo de la polarización, mantuvo una posición moderada, de crítica ponderada al Gobierno. La Prensa, en cambio, tuvo mayores roces con las autoridades, en especial cuando intentó implicar al presidente Morales con un caso de contrabando. Esta implicación no se sostuvo y el Gobierno inició un juicio de imprenta contra este periódico, que sigue en trámite.

La Razón: Propiedad de Raúl Garafulic, primero, y de PRISA, después, La Razón es el mayor periódico de La Paz (alrededor de 20 mil ejemplares diarios). En 2009 fue vendido por los españoles al empresario venezolano Carlos Gil, como se menciona en el texto principal de este artículo. Su línea, de crítica antioficialista aguda pero que no abandonaba los protocolos periodísticos, está derivando desde su venta hacia un apoyo moderado a las autoridades y sus políticas.

Los Tiempos- Correo del Sur- El Potosí: Estos diarios del interior pertenecen a la familia Canelas, también tradicionalmente dedicada a esta actividad. Su línea es de crítica moderada y, por la ubicación de los periódicos, tiene poca influencia sobre la agenda pública nacional.